

Roberto Cabrera

NEXO₁₂

SI VAS A VER A TU PRIMO

Me vi con mi primo aquel verano en que la familia me envió a acompañarlo por el accidente de su mujer para que no estuviera solo. Allí en aquel sur todo estaba por estrenar. El piso donde se alojaba, su oficina, los muebles y para mí la playa, los turistas, alguna cara amable de las bellas extranjeras o de las pibas del país. Los primeros cigarrillos y las callejas donde perderme tras el muelle y la primera hilera de casas o de hoteles. Por las noches visitaba con él calles de tierra y andurriales del extrarradio de otros pagos limítrofes recorriendo los negocios donde ya entrada la noche le entregaban la recaudación a la banca para la que trabajaba.

En verdad que serían unas vacaciones inolvidables. A veces el aburrimiento y la soledad los combatía yendo más lejos por mi cuenta, a los extremos de la costa y más allá. Otras, leyendo novelas de género que adquiría en los puestos de souvenir. Muchas, recorriendo una y otra vez la larga playa. Pero cada noche, sentado en el balcón que daba a la avenida principal charlando interminablemente con mi primo.

No sé si había leído alguna novela de samuráis o de monjes tibetanos que, al extasiarnos en aquel

ritual de cada noche en nuestra charla de balcón, surgió la diatriba

—¿En qué quedamos entonces, thriller o emigración? —alzó la voz—. Porque lo que me estás contando parece un cuento chino, y ¿por qué lo dice tanta gente? —volvió a la carga, amable y filósofo.

—Es que hoy todo viene de China, de allá, de Oriente como los Reyes Magos.

Antes sólo venían los bordados de imitación que aniquilaron poco a poco esta artesanía ancestral. Los pollos congelados de Taiwán y más tarde unos juegos de tazas de café que tenían en el fondo la cara de una china. Y en el almacén preguntaban:

—¿Tiene tazas de café de porcelana?

—Sí, desde luego.

Para a continuación añadir estirando la voz:

—¡Si no tienen la cara de la chinita al fondo no las quiero! —poniendo cara de caprichoso desconsuelo.

Desde luego que eran tiempos en los que el jamón serrano que ahora circula por Pekín, incluso, no podía permitírsele sino poca gente. Aquellos quizá

que pudieran solazarse yendo a una fiesta de Fin de Año, lo que estaba muy lejos de unos bolsillos agujereados. Pero después volvían desalentados comentando que les habían servido un consomé helado y que los otros platos dejaban mucho que desear, incluso una paella fría como patas de un muerto, dijo alguna de las clientas.

A mí jamás me gustó el tema de escribir sobre crímenes. Para eso ya estaba *Peter Debry*, un escritor del barrio denominado el dandy de la novela de género. Sin duda que insuperable. Yo sentía más bien pánico sólo de pensar en que mi propio cerebro pudiera concebir situaciones de ese tipo. Quizá a esto me condujo el que mi madre se escandalizara con oír la mera enunciación de la palabra *machete*.

Pero bien es verdad que la casa que hace esquina en La Matanza siempre me recuerda a la de Felipe de la Cruz en Balta y que al parecer en ambas unos hermanos luchando por una herencia acabaron cometiendo un homicidio.

Mi primo hizo una vez una redacción en el colegio acercándose al tema y, según me comentó, le costó un follón aniquilar al personaje. Se imaginaba que habría que rematar a alguien y que ese alguien tenía que ser determinado de antemano.

Pudiera ser que tampoco fuera acuciante hacerlo porque no estaba lleno de rencor para ir contra nadie en la vida real. Le molestaba el perro de su cuñado y que estuviera invadiendo el jardín de su casa a cada rato para poner al animal a trotar por el césped creando unos lunares espantosos, pero de ahí a liquidarlo le pareció que había un gran trecho según me confesó.

—El otro día vi a Samanta. Parece que quería estudiar peluquería —dije cambiando de tercio.

—Las peluqueras te acercan la barriga y el pubis cuando te dan un masaje capilar para ponerte unguento en el cabello —susurró en voz baja y cómplice.

—Qué bueno —le respondí.

Y es que mi primo cuando vino de su pueblo a la

capital sentía tanta vergüenza en las modernas peluquerías, que asentía con la cabeza a todo lo que el barbero le sugería. Así que confirmaba con movimientos de cabeza o lanzaba un extraño y breve sonido incomprensible de aprobación que hacía que aquel profesional siguiera adelante según su avanzado y quizá extravagante criterio. Le parecía imposible que alguien pudiera interesarse por sus gustos, acostumbrado como estaba al corte león, o sea, al estilo único que definía la personalidad inequívoca del operario. Cada uno en el pueblo sabía hacer bien una cosa y de un modo único, sin más filigranas. Fulano sembrar boniatos cuando la luna menguaba, Zutano poner medias suelas o un parche a los botines y Ciclano preparar el mojo de carne como único plato. Y nadie pensaba en preguntar ¿y qué desea de segundo plato? o cosas así, porque entonces el chino contestaba:

—¡Otlo, otlo calne con papas!

—¿De primero?

—Un calne con papas.

—¿Y de segundo?

—¡Otlo, otlo calne con papas!

Mi primo disfrutó la vida. Todo para él en la ciudad fue una sorpresa, una novedad. El pueblo por el contrario era de lo más aburrido que se despacha; de una soledad cósmica irresistible. Sin embargo, pasados los años, estos pagos semiabandonados del pueblo se tornaron de lo más buscado. Volver a una vida de sosiego y silencio donde escucharse a uno mismo. Donde vivir apegado a los cuatro elementos. La tierra para dejar caer la semilla, el agua para que prosperase, el sol para alumbrar las mañanas con cantos de gallos al alba. Y el aire para que respirasen unos pulmones de ciudad, agotados de humos y químicas ácidas.

La familia que nos quedaba estaba expectante y sorprendida. Era la incomprensible vuelta atrás, el begin the begin, un volver a empezar o vuelta de tuerca, el eterno retorno. Y él nunca paró de comentar respecto a sus mayores que era necesario disponer de un relato, no de género, pero sí

de la emigración. De cómo tuvo que aprender a torcer tabaco en la hacienda de Bouzá, y pasear los domingos tras las hijas de Crespo. Asimilar las leyendas del Hombre Rojo o retorcer pescuezos de pollos en la trastienda del almacén. Contar incluso cómo Genaro tuvo que dar del cuerpo en mitad de la Plaza de la Revolución. Era tal el genio que se agachó como pudo mientras un tropel de piernas danzaba esquivándolo en derredor. Aprender a afeitar un puerco para las matazones y bailar en el Teatro Gavilanes el ritmo casino.

Su padre había emigrado antes, cuando Placetas no era ni municipio. Y como en la canción de Yupanqui, había sido carretero. Parece que en la Estación Central de Carretas, Matanzas. Pero no se sabía exactamente dónde había ejercido, ni cómo, ni si de mecánico o de transportista, porque las cartas las dejaron por atrás, primero atadas con un pedazo de hilo de bala, pero luego, con el asunto de que en la ciudad los pisos son pequeños, que si no había sitio, que si esto y aquello, total que las echaron al balde de la basura como incómodos tarecos, y claro, más tarde, unos y otros murieron y se perdió la historia.

Los viejos estaban *entretenidos*, como se decía de la gente quizá con Alzheimer, desmemoriados. Y con poco riego en la cabeza ya confundían ocho con ochenta. Y eran entonces viejos chochos que no servían sino para jurar cachimbas, como también se dijo.

En general todo estaba tapado, encubierto, perdido o clausurado, y había que inventarse la historia con otra historia nueva. Y qué sitio mejor que la vieja casa abandonada de los carras. Desde allí podría visionarse el horizonte, aunque fuese virtual, encontrar algún maravedí entre las paredes, quizá la etiqueta de la Cunard en algún baúl viajero, un nombre clave en alguna desvenijada barrica. La genealogía de las maderas de algún cabo de azada. Los cascotes de algún lebrillo esgrafiado. El modelo de los azulejos que sobrevivieron, o el nombre del fabricante francés de las tejas planas. La tinaja de terracota o un pequeño espejo de afeitado. Luego recordar de qué

murieron. Las enfermedades y dolencias clásicas de época. Los tratamientos que había que seguir entonces para el corazón. Dónde se iba a recoger las cartas. En definitiva vivir una doble vida aunque sencilla. Una vida arqueológica casi, porque una vida única y estándar resultaba poca cosa. Eso era mejor dejarlo para los simples.

La chimenea comenzaría a precisar leña de brezo. La palangana, agua de la atarjea. Carbón para los fogones y tederas para las cabras que compraría desde que la casa estuviese a medias. En la parroquia hallaría los documentos para despertar a los fenecidos con nombres y apellidos. Y en la biblioteca del municipio legajos de pleitos y quizá hasta los motes de personajes que también emprendieron el viaje.

«El abuelo lloró cuando su último hijo subió al barco, y para que no vieses sus lágrimas se echo a andar por el espigón del muelle. Había otros más determinados que él, le dijo, que enviaban a alguno de sus hijos a estudiar magisterio, y él sin embargo quedaría marcado por una envidia que, aunque sana, le haría sufrir lo indecible. Pero llegó un momento en que por miedo a que fuera llamado a filas, al tener España guerra en el Riff, Marruecos, se determinó a preparar viaje para Cuba, se marcharía de la casa casi sin despedirse, pero con el pecho oprimido y muchas lágrimas en los ojos, y aunque todo pasó al poco rato, fue su padre a decir adiós a su último hijo varón y a pagarle el pasaje. Tampoco se despidió de él.

—Bueno, yo ya me voy —dijo su padre.

—Espera un poco, y vamos a dar una vuelta— contestó.

Cuando vio que esta respuesta podía ser una evasiva, se levantó y se fue. Se quedó mirando desde una esquina y aquello le partió el alma, al considerar cómo estaría su corazón. Él era hombre serio de pocas palabras que no demostraba el cariño, pero más de una vez lo vio volver su cara para disimular su sensibilidad.

Emocionante fue el momento cuando el barco zarpó. Era un gran trasatlántico francés, de nombre Niágara. Cuando iba dejando atrás la isla las lágrimas eran como granizos. Procuró estar solo y todos sus pensamientos giraban en torno a que su ausencia no la podría cubrir nadie. Eran sensaciones ignoradas y nunca experimentadas porque una despedida pudiera ser así, y quién sabe hasta cuándo...»

—¿No vas a ver a tu primo? —dijo con sorna su padre, colocando los dientes superiores por fuera de la boca, sobre los labios de abajo casi hasta la barbilla y remedando a Drácula.

Realmente no supe qué contestar, me imaginaba que aquella burla tenía algo que ver con nuestra parentela materna y que él, con un cinismo atroz, se mofaba del poco capital intelectual de la otra rama familiar. Y aquello aunque fuera por azar, bastante pronto se confirmó porque Sori la Negra le asestó una certera pedrada en la cabeza a aquel primo, mientras le cantaba: ¡Te has puesto toda negra, como el carbón! y hubo que llevarlo en volandas a la Casa de Socorro. El asistente de guardia era el padre del Gato, que decían que anestesiaba solo con el vaho de los alcoholes que tomaba en la Viña del Loro, unas cuantas calles más abajo. La cicatriz se perdió entre su pelo y aquello quedó como una anécdota parecida a las de Pepín, que hacía vibrar la campana del colegio a más de cien metros con cualquier afilada piedra. Pero lo verdaderamente trascendente era bajar al barranco o cruzar la compuerta, robar las pitangas sin ser entrevistados o abrir una papaya en la placita y devorarla allí mismo, también repartirse el botín de un buen manojo de cañas de azúcar sacadas en movimiento de los camiones que volvían de los muelles.

Y esto va para aquellos que abandonaron el barrio muy pronto, que nada sabían de Samanta y su peluquería de ahora, ni de la del doctor Frías de antes, que disponía de una fórmula mágica para acabar con la calvicie. No sabría decirte si es lo mismo volver a un barrio de ciudad o volver a un pueblo de campo porque, como dice la gen-

te, en un pueblo se sabe todo de todo el mundo, pero en un barrio, pese a la proximidad geográfica, se desconoce lo que se cuece en la calle de al lado. Lo primero es la casa decían los helenos, pero luego la tribu, más tarde la aldea y al final la city. Y cabe preguntarse ¿a qué viene lo de la tribu? Allí lo primero era la casa, quizá entonces la ciudadela, luego la calle y al final la plaza, que era de todos, un ágora para gandules, que murmuraba la gente. Para la gente contemplativa, más vaga que la chaqueta de un guardia. Único símbolo estatal, guardia que a veces cantaba como Chicote: ¡Esa mujer no es buena! De alguna opereta donizetiana.

Y no sigo porque me da pena que esas nobles Toñi y Tachi tuvieran que tomarme entre sus brazos cuando comenzaba a lloriquear por tener que entrar a aquel colegio de atmósfera fascista, que un día fue prefigurado por la República para educar y que mostraba en sus galerías unos grandes frascos con fetos en su interior bañados en formol como advertencia de que Sartre estaba prohibido, de que quizá fuera mejor haberse quedado en una existencia preuterina que transitar por aquellos andurriales y wáteres llenos de cagajones antes de cantar frente a una bandera que izaban en la mañana, mientras el feliz jardinero emprendía su tarea. La manguera que sostenía el jardinero era de caucho auténtico. Teníamos la costumbre de pedirle agua al pasar a su lado. Él estiraba hacia un lado la bocana para que pudiéramos agacharnos y saciarnos completamente mientras nos salpicaba la presión toda la cara. Así no tendríamos que colarnos por la finca adyacente a beber agua de una toma vertical que a floraba en el camino de entrada bajo una esbelta palmera, sin el consentimiento expreso de los dueños. La manguera era negra con unas pronunciadas estrías y en el colegio había un tal Amador que contaba cómo su padre, si suspendía unas cuantas materias, le aflojaba unos buenos lambriazos con un ejemplar parecido al de nuestro jardinero.

Aquel día, como tantos otros, me di el lujo de fugarme de la escuela. No era poca proeza, era

pura necesidad de huir de la infernal atmósfera. Los amigos quedaban estupefactos de la hazaña, pero yo seguía adelante, bajando el alto muro y corriendo a esconderme bajo los matojos de los jardines de la contigua plaza. Cuando no se escuchaban los aullidos del recreo y todo parecía más o menos en calma, llegó mi primo que tampoco quería asistir a las clases. Traía una tiradera de gomas de manteca auténticas, la horqueta confeccionada de alguna rama sazónada y bien limada a navaja y un trozo de cuero bien sujeto a los extremos donde colocar la piedra y poder dispararla. Era, sin lugar a dudas, la tecnología tribal, un arte de guerra que nos identificaría más tarde, como las flechas de caña de escoba, untadas sus puntas en tinta de unos toners extraídos de los despojos de las imprentas circundantes.

Arrastrándonos como los sioux llegamos al lugar conveniente desde donde podríamos probar el artilugio. La misión consistía en romper una farola recientemente ubicada allí por operarios de la oficialidad. Cuando todo estuvo dispuesto yo mismo tensé las gomas y pronto el cristal aulló. El objetivo estaba cumplido. Ya éramos hombres, por así decirlo, como los gandules del ágora, y habíamos recibido nuestro bautismo en aquella escaramuza.

Con el ruido inesperado, la huida fue veloz y muy necesaria, hasta regresar al escondrijo y ver pasar el tiempo, expectantes. En realidad sólo habíamos conseguido abrir un boquete en la farola, pero la bombilla alumbró toda esa noche y muchas otras, convertida en el refugio candente y eficaz de las luciérnagas.